

Adiós "Cañas y barro"

LA AGONIA DE LA ALBUFERA

«La Albufera llora, parece... yo qué sé, una casa que no habita, lo mismo; que lloran anda las pareces, eso es la Albufera ahora».

Si, con un poco de suerte, se logra, ante una puesta de sol, olvidarse de tanta poesía y se es capaz de ver, oír y oler la realidad, es muy posible que las palabras iniciales no necesiten ser explicadas. También es posible, si se es capaz de observar la realidad, que algún pescador perdido en la Albufera nos recuerde que estamos ante algo más que un lago especializado en «puestas de sol».

Son precisamente esto, pescadores, lo que menos esperábamos encontrar en la Albufera. Pescadores de oficio. Gente que siente la Albufera, que intenta vivirla. Pescadores, pocos, que aún no la han abandonado. Hemos hablado con ellos, les hemos acompañado en las horas de pesca, con ellos hemos comido, bebido «herbas», entrado en sus casas. Hemos intentado conocerlos.

Son sus voces, grabadas en

magnetofón, las que nos explican «qué es la Albufera ahora».

Por deferencia a nosotros, se expresaron en una lengua que no dominan: el castellano; hemos querido conservar sus errores, porque en ellos hay algo de protesta.

«A mi me gustaba la Albufera porque teníamos mucha libertad. De que si has querido trabajar veinte horas, veinte horas; si has querido trabajar tres, tres, y si has dicho: mañana no voy, pues una cosa por otra, no he ido».

Lo primero que ama un pescador de la Albufera es su libertad, su independencia. Estas dos palabras son una constante en todas sus respuestas.

«A mi me gusta ser pescador de la Albufera porque es independiente, no manda nadie de mí. El día que quiero la fiesta, pues la tengo la fiesta; si quiero trabajo todo el día y toda la noche, pues me voy a trabajar todo el día y toda la noche. Eso cuando había peces y anguillas, y había de todo en la Albufera».

«Nosotros, en realidad, nunca hemos sido fuertes, pero uno trabaja para él y cree que es lo más grande que hay, pero hoy no puede existir eso».

Como se ve, la independencia también en la Albufera se acaba.

Pescadores de antes de la guerra

Los pescadores de la Albufera son pescadores de mucho antes de la guerra. Llevan más de cincuenta años pescando. Lo primero que se encontraron entre las manos fue una «percha».

«A los ocho años ya me hizo mi padre un barquito, porque no podían comer y tenía que ir a trabajar con ellos. Era una vida muy aperreada. Pero a mí me gustaba».

Ninguno de ellos pudo elegir, porque:

«Antes, los padres necesitaban a los hijos para que los ayudara-

mos; no había oficios como ahora hay, de ebanista, de tapicero, de todo lo que hay».

Los hay que aman su oficio:

«Me gusta ser pescador porque me gusta ser pescador, porque me nace y porque así me ganaba la vida».

Otros que se conformaron sin más:

«Viene la querencia así, he sido pescador porque ha sido mi oficio».

Algunos, aún no se resignan:

«¿A mi gustarme? ¡Nunca! Yo no hubiera sido pescador nunca. Pero como entonces no había más remedio que trabajar para comer, que no había más medios de vida, pues hala, a la Albufera, Pepe».

Son gente sencilla, preocupada por sus problemas, y que sienten sobre sí el peso de algo que no quieren para sus hijos: el alfabetismo.

Es triste comprobar hasta qué punto se sienten subestimados por unos «señores que tienen cultura y educación».

«A mis hijos no les hubiera

CARLOS MIRA

"echao" nunca a la Albufera, porque el "peixcaor" lleva muy mala vida, porque tiene que ir los domingos y los días festivos, porque tiene puestos los "arredes" y tiene que ir a recogerlos, y eso es una mala labor para un joven que no puede ir a un teatro, que no puede ir a un cine, y es un "analfabetismo". No puede ni ir a la escuela un "peixcaor".

«Nosotros no hemos podido tener ni una cultura ni una educación como muchos señores. Cuando teníamos los doce años o por ahí, en lugar de ir al colegio, nos llevaban a pescar ya, y no hemos podido cruzar estudios».

«Somos analfabetos casi todos, porque hemos estado con las anguilas, con las llisas y con las

gambas ahí dentro de la Albufera».

Pescadores que quieren ser independientes, que, muy a su pesar, son «casi todos» analfabetos. Pescadores que están dejando de ser pescadores. Hombres de El Palmar, de Silla, de Catarroja.

Dicen de El Palmar que es la capital de la Albufera. En sus buenos tiempos fue una isla, y su gente, pescadores. Nosotros sólo hemos encontrado bares y restaurantes donde se sirve «all i pebres» de anguila murciana.

La única relación de El Palmar con la Albufera, aparte de los tres o cuatro pescadores de oficio que

quedan y de los paseos en barca para turistas y típicos, son las Caladas. Privilegio de El Palmar, que consiste en colocar «arredes de trampa» en los canales de comunicación de la Albufera con el mar. La pesca de la anguila es el objeto de estas redes.

Fue nuestro primer contacto con la Albufera. Estaba amaneciendo y, a pesar de que la carretera cruza los canales, el silencio era grande. Entre los palos y las redes, tres «barquets», seis hombres se movían despacio. Si no hubiera sido por las grandes manchas de grasa que flotaban hacia el mar y por las caras agrías de los pescadores, nos hubiéramos creído cualquier cosa.

Esperamos a que desembarca-

ran y la conversación surgió fácil. Habían recogido unos tres kilos de anguilas; no las venderían. Ellos se las guisarían y ellos se las comerían. Hacía ya mucho tiempo que no las «tastaban».

«Hay tres canales que desembocan al mar, tres: Perelló, Perellonet y Puchol. Por esos tres canales subían muchas anguilas. La anguila es una especie de, ¿cómo diría yo?, de chiquitos pequeños, y venían a la Albufera y se hacían mayores».

Nos dejan fotografiar las anguilas y nos piden que fotografiamos el agua para que se vea lo sucia que está. Por lo visto, esto último no le gusta demasiado a uno de ellos, que rápidamente nos pregunta: «¿Quina representació porten?». Como la cosa no era para llevar representaciones, no quedó más que eso, una suspiración.

«Ahora, como el agua sale mala, las anguilas, cuando llegan ahí, no les gusta el agua, y a cada año suben menos anguilas, y nosotros, cuando viene el tiempo de coger las anguilas, a cada año cogemos la mitad de anguilas menos, y a cada año, menores; ya este año hay muchos que quieren ya "arretirarse" de pescar, porque no vale la pena, porque no se cogen las anguilas que se cogían tiempos atrás».

De Silla y la Albufera, poco hay que contar. Un calafate. Algunas barcas de «deportistas». Cazadores. Un canal lleno de ratas, y según nos contaron, un pescador.

La gambeta

Aquí aparece Toni, a medias entre El Palmar y El Saler, entre el mar y la Albufera. Sesenta y cinco años, aún mucha fuerza, y jubilado por su mujer y sus hijos, porque «todo lo que tenía que trabajar ya lo ha trabajado».

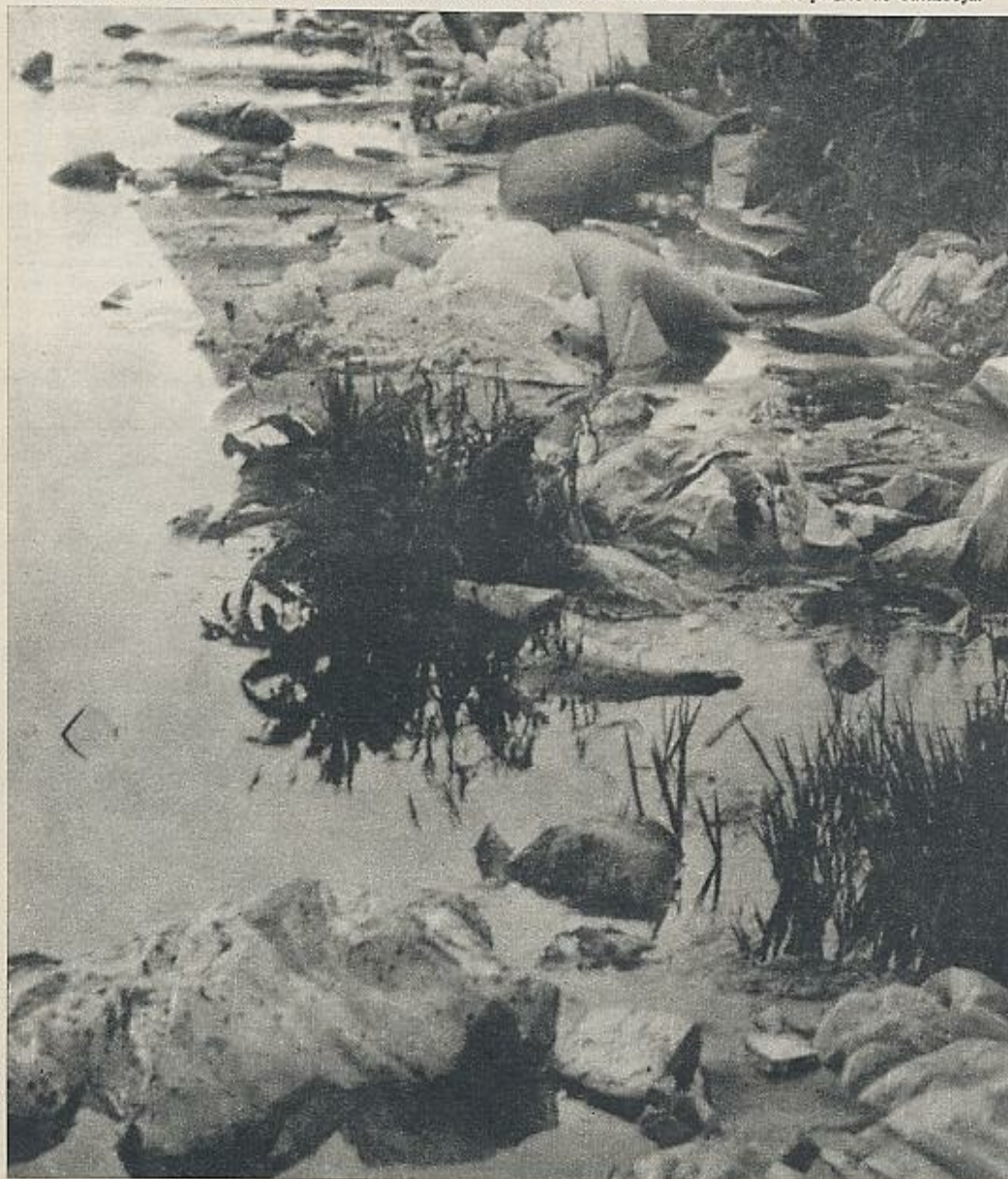
Toni mata las horas jugando al dominó con los amigos, haciendo favores e intentando pescar. Todas las mañanas se acerca a la Albufera con su caña, espera dos o tres horas y vuelve a su casa.

«Que no puedo coger gamba, pues me pongo a pescar con gusanos, y si quiere picar alguno, que no puede picar ninguno con gusano, pues no tengo más remedio que recoger todos los trastos y marcharme a casa, porque no puedo pescar para poder coger pescado para comer».

Hemos oído hablar mucho de la «gambeta», pero aún no hemos visto ninguna.

«La gambeta es un animal pequeño, que no tiene sangre, y a poco a poco se arrima a la "malea", que ella se cría en la "malea", y se hace grande, y al hacerse grande, pues si la hacen huevos y cuando viene el tiempo de desovar, desova los huevos, y

Las orillas de la Albufera atesoran toda variedad de plásticos. La foto está hecha en el puerto de Catarroja.



LA AGONIA DE LA ALBUFERA

esos huevos se quedan "acogíos" a la "malea", y al "acogerse" a la "malea", como el agua está contaminada, pues mata la cría y la madre, todo allí».

Para completar la descripción de Toni, hemos querido fotografiar alguna. Ningún pescador ha querido intentarlo, les parece idiota buscar gambetas en la Albufera. Pero Toni tiene solución para todo; un amigo suyo guarda algunas en la bañera. Por supuesto, no son de la Albufera. Este «deportista» las consigue en Puzol (Castellón), a setenta kilómetros de su casa.

«Gamba había muchísima. Había día que se cogía más de, más de cien arrobas de gamba. Entre los de Catarroja, los de Silla y El Palmar, cien arrobas de gamba las cogían todos los días para pescar».

De la gamba nos han contado muchas cosas. Ha sido «el pa de los pescadores», y tanta había, que se usaba como pienso para las aves de corral e incluso como fertilizante en los naranjales. Su importancia no acaba aquí; la gamba ha sido la base de todo tipo de pesca, con ella se cebaban casi todas las redes.

«Abundaba mucho y les gustaba a todos: a personas, animales,

a las aves acuáticas y a todos les gustaba».

«Es un pasto para las personas, para los bares, para hacer un vermut...».

«Cuando había gamba y se iba a pescar a la caña, había quien cogía dos arrobas, tres arrobas de pesca».

Queda la fotografía de la gambeta castellanense, como recuerdo de todo aquello.

La Compañía de los Desesperaos

Es difícil imaginar que en Catarroja, tan cerca de Valencia, tan urbana ella, exista un barrio de pescadores, y que además en el barrio vivan pescadores.

De Catarroja al puerto de Catarroja, tres kilómetros de malísima carretera. Del puerto a la Albufera, una hora de barca por un estrecho canal.

Hace mucho frío, aún no ha salido el sol y nos apiñamos ante la chimenea que con madera de embalar han encendido los primeros pescadores. Poco a poco van llegando todos: Pepe, Paco, Simón, Andréu, los hermanos Blanco, Martín, Bautista, Juan. Sólo se habla del tiempo. Si hace frío,

mal; si hace viento, peor. Hay quien ya está preparando las barcas, negras de alquitrán y sin quilla, que están amarradas en el canal. Borja aún no ha llegado. Tiene fama de ser siempre el último, pero no es verdad. Con las primeras luces se empieza a mover la gente.

Hoy salimos de pesca con la Compañía de los Desesperaos.

Llaman aquí Compañía a un grupo de pescadores que con un número variable de barcas y «barquets», practican un tipo de pesca peculiar. Persiguen el pescado, lo acorralan y esperan a que se enmalle o a que en su huida salte sobre unas redes flotantes.

Hace años salían Compañías de El Palmar y Catarroja, algunas de ellas muy numerosas. Hoy, sólo estas dos de Catarroja, con un total de treinta pescadores, se atreve a hacerlo.

Las barcas, de dos toneladas cada una, están atiborradas de redes y cajas de madera. Debajo de la proa van los impermeables, la bolsa con la comida, cuerdas, una hoz, un cubo de plástico y mantas. Antes fueron de vela; ahora, en algunas se esconde un motor que, a trancas y barrancas, empuja a la barca.

Una vez repartidas las zonas

de pesca entre las dos Compañías, los pescadores emprenden la marcha. «Nuestra Compañía» la forman cuatro barcas y tres «barquets», esto es: once hombres y un perro. La barca de Pepet, que esta vez arrancó, se pone a la cabeza, las demás se van enganchando, formando un largo tren que, a pesar del motor, se desliza en silencio por el canal. Está amaneciendo y el frío es mucho; resguardados entre las redes y envueltos entre las mantas, los pescadores siguen hablando del tiempo. Más de una hora tardaremos en llegar al lago. Los que aún echamos de menos el calor de la cama, aprovechamos este tiempo para distraer un sueño, pero somos los menos. Alguno hay que ya está comiendo. El cielo está lleno de gaviotas:

«La Compañía es el único oficio que queda en la Albufera, todos los que vamos en la Compañía somos hombres de mucha edad; es el único medio que nos queda para ganarnos la vida, y si no vamos a la Compañía, pues no tenemos más remedio que no ir a ninguna parte, porque no nos admiten en ningún sitio».

«En esta Compañía, que es la Compañía de los Desesperaos, no ingresa nadie, todo lo que hay son

Buscando entre las «saltas» alguna «llisa».



Cerca de la desembocadura de los desagües, el agua de la Albufera adquiere este sano aspecto.





Un pescador revisa un «ornell». Otra de las muchas artes de pesca que están desapareciendo.

bajas; ingresos ninguno, ingresar de jóvenes no va nadie, porque es una tontería».

Gente vieja que cuenta sus guerras, que trabaja duro, que cura sus dolores con Parches Sor Virginia. Pescadores sufridos, como la madera de sus barcas, que corren cada día el azar de su jornal.

Del agua que ya no es agua, sino café o veneno

Hemos llegado al lago. El sol no calienta aún lo suficiente, y sopla un fuerte viento de tramontana. Así no se puede pescar. Todos están de acuerdo en resguardarse entre las cañas de la orilla y esperar a que cambie el tiempo. Si es que quiere cambiar.

Los primeros en sacar el almuerzo son Payeta y Borja. Allí todo el mundo tiene buen saque. Las naranjas no faltan. El vino tampoco. Pepet, en silencio, sufre; le faltan todos los dientes, «la ferramenta». Ramón nos ofrece una botella de agua y aceptamos un trago.

«Hace diez o quince años de atrás, ningún pescador llevaba agua para beber agua él, se la bebía de la Albufera. Ahora el agua de la Albufera no se puede beber, porque está toda llena de microbios, del agua que «amoyan» todas las fábricas rodando la Albufera».

«Y había manantiales de la Albufera que llenabas el botijo del agua y lo ponías debajo, a donde estaba el manantial y parecía agua del monte, y ahora está toda el agua hecha un café en la Albufera».

«Tiran todas las botellas de plástico y de lejía, y todo va a parar a la Albufera. «Aixina» es, que antes ibas y podías beberte un trago de agua, que estaba más clara que el agua potable. Pero hoy vas allí y no te puedes lavar las manos, porque te pican de la «pudor» que lleva el agua».

«Manantiales que había, pues hoy se han perdido manantiales y todo, porque el agua esa que echan va dejando depósito, va dejando depósito y cuando hace un poco de viento en la Albufera, ya se ha «rebolicao» todo, y te

agarra agonía de ir en el «barquet» dentro del lago, porque está «pudent como un rabosot» y eso es un veneno para el pecao, para nosotros y para todo».

«Todo es un puro veneno, y la Albufera se queda «neta de peix» y el pescador se queda «net de peixquera»».

«El barro del piso parece «sucha» de esa que se cría en las chimeneas; antes era un barro claro y limpio, ahora metes la percha y sale un olor y una cosa que...».

«Si llegamos a beber un sorbo pequeño del agua esa, pues yo creo que nos envenenaríamos, y caeríamos en seguida de inmediato».

«Lisas», «tencas» y «carpins»

Se va a intentar la pesca. El viento aún sopla, pero ya es media mañana y los pescadores están hartos de esperar.

Las barcas se han desplegado en «formación». Van en media luna, amplias, silenciosas, deslizándose a golpe de percha, espe-

rando que el pescado se señale. Ahora empiezan las discusiones. Hay que ver el pescado, acertar su tamaño, su número, hay que ponerse de acuerdo y decidir.

El «vol» ha comenzado. Las barcas corren, y uno no sabe si lo que cruje son las maderas o los huesos de estos hombres. Se percha con furia, se gritan unos a otros, se jalean, y la red en el agua va formando el círculo que acorralará al pescado. Una vez cerrado el «vol», si se confirma la presencia del pescado, se calarán los corrales de «trasmall» y las «saltaes»; estas dos redes son las que pescan.

Es mediodía, y el sol, decidido, nos hace sudar. Las barcas, reagrupadas en un punto de la red, dan tiempo a que el pescado se enganche. Hay pescado «listo» y pescado «tonto». El de hoy parece que es «listo» y no se quiere enganchar. Esperar más es peligroso, porque hay mucha «tencia». Cada barca a recoger su red.

El pez es grande, colorado, se resiste y se enreda más y más. El golpe en el borde de la barca ha sonado extraño, y la sangre, muy roja, ha dejado una mancha sobre el alquitrán. Pronto aprendemos que hay «llisa» y que hay «tencas», y «carpins». La «llisa» es buena, lo que se busca; las «tencas» y los «carpins» son malos, y no se salvará ninguno del golpe. Las gaviotas, hartas de tanto pez reventado, ya no siguen las barcas de los pescadores.

«Hay una semilla muy mala: la «tencia» y el «carpin», que decimos. Con eso no hay manera, y no hay ninguno que le guste, no se lo come nadie».

«No nos deja pescar la «llisa» ni nada, porque nada más echamos las redes, en seguida está todo lleno de «tencas» y «carpins», y en un «vol» te pasas el día desenredando «tencas». Hacen unos líos de miedo, porque tienen una especie de sierra en el lomo».

«El uno es colorado, y el otro, rojo, y no sabes de dónde han aparecido».

«A los «carpins», yo creo que los han echado al lago este los forestales».

«Antes, la gente sí las comía. A mí me gustan, en «all i pebre» están muy buenas, pero tienen mucha raspa».

«Son menos señoriales para comer, y la contaminación les ha favorecido».

Payeta aparta las «tencas» de mayor tamaño, porque sus huevas aún se venden en el mercado. Y Ramón se guarda una peque-

ñita para la comida del gato.

Entre «tenca» y «carpin» y «tenca», «llisa».

«Llisa» suben del mar, pero cuando llegan a la Albufera, se pasan, y al no haber gamba, que no hay «malea», pues la «llisa» se vuelve otra vez a la mar».

«Antes, en los pueblos se comía «llisa» todo el verano, y era muy buena. Estaba muy rica asada, con arroz, con todo; le gustaba a todo el mundo porque era muy buena, muy buena. Ahora no pueden comer una «llisa» ni valencianos, ni de Madrid, ni catalanes, ni nadie, porque no se cogen».

«Ahora hay mucha «llisa» en la Albufera, mucha, pero está en los sitios profundos, donde quedan las aguas buenas, donde nace la Albufera, y allí si no es con el «trasmall» de la Compañía, no se puede coger».

Macarin ha encontrado entre las redes una lubina, y la esconde entre sus ropas para enseñársela a su mujer.

«La lubina, que aquí decimos «lobarro», quiere el agua buena, y siempre se criaba donde nacía el agua. Usted cuente que en un «vol» de la Compañía, un día cogimos nosotros más de cien arrobas de lubinas, que serían más de mil kilos de lubinas».

Son las cuatro de la tarde. Diez horas ya que salimos del puerto, y el camino de vuelta, largo. No hay ánimos para intentar otro «vol». Las barcas, otra vez enganchadas, regresan a Catarroja. Hay que arreglar el pescado, ponerlo en cajas de diez en diez kilos y mojarlo constantemente. A veinte pesetas el kilo, y no muchos kilos, dividido entre tantos, poco.

A la hora de pesar y repartir, hay quien compra varios kilos. Sus mujeres los revenderán después por las calles y en los mercados.

Casi ninguno lleva pescado a sus casas. Algunos hace años que no prueban la pesca.

«El pescao hace gusto, hace mal sabor; uno hace gusto de petróleo, otro de aceite, de todas las porquerías que vienen al lago este».

«Saben a barro, porque no tienen nada que comer y comen barro».

«Con la fábrica esta de naranjada tuvimos una pequeña cuestión: el director dijo que era imposible que las anguillas hicieran gusto a naranja. Nosotros fuimos allí, cogimos unas botellas de



Macarin, que pesca con la Compañía de los Desesperaos y no es, ni mucho menos, el más viejo.



Esto es una gambeta («el pa de los pescadores») recién sacada de una bañera.

agua, cogimos unas anguillas, las guisamos, se las trajimos allí, y las anguillas sí hacían gusto de naranjada, de lo que era. Este señor nos dijo que era imposible, que congresaría, que haría un congreso. Yo le dije: «Pues usted haga el congreso que quiera, pero nosotros vamos al Cuerpo de Sanidad», y este señor dijo: «Pues no se muevan ustedes». Y al día siguiente hicieron los pozos superadores, y por cinco años, ni las

aguas ni las anguillas hacían gusto. Sea por lo que sea, creo que estos pozos se han vueltos a llenar, y las anguillas hacen gusto otra vez».

Fábricas e insecticidas

El bar El Viu abre tan temprano, que a Payeta le da tiempo de tomar su primera copa de «herba» antes de ir a pescar. Los pre-

cios son buenos. Además, por menos de un duro, el Viu te canta el «rascallú» a toque de campanilla. Allí, al anochecer, siempre hay pescadores. Se habla de fútbol, de fiestas, de trabajo, y hoy, de la Albufera.

El planteamiento es claro, todos lo saben y todos lo explican: las aguas de la Albufera las contaminan las fábricas.

«Han quitado las fábricas de Valencia y las han puesto rodando a la Albufera, y hay fábricas de pieles, de muebles, que todo lo que tiran, todo es malo. Y cuando llega a la Albufera, pues mata el «peixcaito»; así, anguillas... y lo mata todo, «tenca», todo lo mata, el agua esa lo mata todo, la «tenca», anguillas y lo mata todo».

«Cada día ponen más fábricas en las pistas estas que hay, y toda la mala agua que hay, va al lago. Fábricas de plásticos, de aceite, de hierro, de cemento; toda la porquería esa va al lago».

«Porque cuando sale una de esas olas de agua, todo el «pescao» que va delante, sea bueno, sea malo, como sea, va muriendo todo delante».

Las fábricas por un lado; por otro, los insecticidas.

«Los campos arrozales están al lado del lago, y los aviones, cuando hacen una «escala», van a dos o tres metros del arroz. Para dar la vuelta, se salen al lago, y para dar la vuelta un avión, se va medio kilómetro adentro. Como pierde gas de los que echan al arroz, todo lo que hay de flora, pues todo lo exterminan».

«Dentro de los arrozales también hay acequias donde también se criaba gamba. Pues cuando se termina de pulverizar, de allí a una hora que haya pasado la aviación, se ve las gambas, las pocas que quedan, todas en el piso de las acequias, muertas, acabadas de morir».

«Ahora en las marjales del arroz, para matar las malas yerbas, echan «granulat»; para las malas semillas del «gram», otro veneno, y todos son venenos y todo va a parar a la Albufera».

«Para el «cucat» del arroz, también va la aviación con avionetas echando el veneno».

«Y todo es, antes, ahora dicen que lo han rectificado algo, en DDT».

Nuevas historias viejas

Nos cuesta creer que estos hombres hayan asistido resignados

LA AGONIA DE LA ALBUFERA

año tras año a tanta calamidad. Por lo visto, no es así; la historia es antigua, y se remonta al año 1951. Cuentan que siendo alcalde el marqués del Turia, y en una reunión que tuvieron en El Saler, ya les prometieron «que eso se arreglaba en seguida».

Puestos a pedir, y también por aquellas fechas, hicieron «una petición a Sanidad, otra a la Hidráulica del Júcar, otra a la Comandancia de Marina y otra al jefe provincial del Sindicato de Pesca en nombre de las tres sociedades». También tuvieron «algunas intervenciones con los sindicatos del agua», y estos señores también prometieron ayudarles «todo lo que pudieran».

Así, año tras año. El resultado de sus gestiones está demasiado claro.

A estas alturas ya no hay preguntas ni respuestas. Se habla fuerte y se gesticula mucho. Por un momento han perdido el miedo a los señores.

«Esos señores vierten el agua en la Albufera, pero como ellos son los que lo arreglan y desarreglan todo, pues, ¿aguas contaminadas?: aguas contaminadas».

«Si hubiera sido al revés sí que lo hubieran arreglado. La ley del más fuerte».

«Matapollar, ¿sabes qué es matapollar?, ¿que ponían cianuro y todo eso en las aguas para contaminarlas y matar algún pescao para poderlo coger?, ¿que lo hacían pescadores y no pescadores que no tenían otra cosa que comer? Pues a éstos les ponían una multa de mil pesetas que no podían pagar. Ellos lo hacían de necesidad, para poder vivir malamente; pero estaba prohibido y en seguida los denunciaban. Ahora, un señor hace una fábrica, como es el capitalista contamina el agua cuando le da la gana, y ése, si se hace una denuncia, no le dan efecto».

«Ya estamos hartos de hacer denuncias y que se quede igual, y al día siguiente ya están vertiendo las aguas otra vez».

Adiós

Se está haciendo tarde y mañana hay que madrugar. La hora está amarga. Las voces suenan sin fuerza, sin esperar respuesta.

«Ni éste ni yo entendemos más que ir a la Albufera; no nos han enseñado otra cosa, ¿dónde tenemos que ir?: al Auxilio Social o

a pedir limosna si no tienes bastante para comer».

«¿Dónde tenemos que ir? ¿De vigilante a una fábrica? ¿A barrer una fábrica? ¿A transportar maderas de un sitio a otro?».

«Mientras pueda iré a pescar, coja menos o coja más; a mi edad ya no aprovecho para otra cosa. ¿Dónde tengo de ir? Mientras tanto, yo tengo que morir en el lago, ahí, porque me gusta».

«Yo sería pescador toda mi vida, porque he nacido allí, y creo que cuando a uno le nace una cosa la lleva a cabo. Me gustaría terminar mi vida con el lago, pero no puede ser, porque tengo una familia y tengo que responder de ella».

«Yo no creo que la abandone hasta que me llegue el fin, pero...».

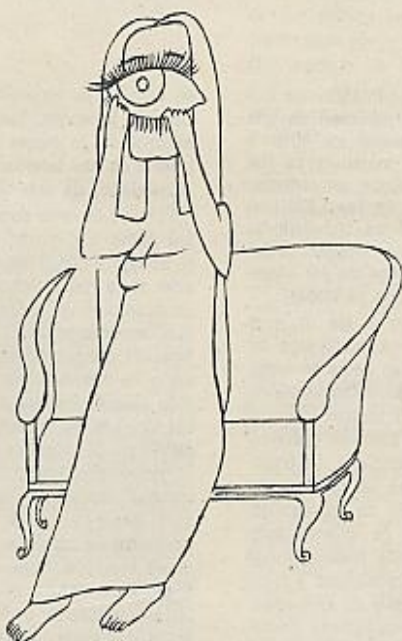
«Esto es un crimen lo que se está haciendo en el lago de la Albufera. Todos los pescadores, poco a poco, a poco, sufriendo y callando, vamos huyendo de ella; y es una cosa que se debía de respetar».

Mañana será otro día, con otro viento, con otro calor. Sin otra esperanza para esta Albufera «que está toda de luto».

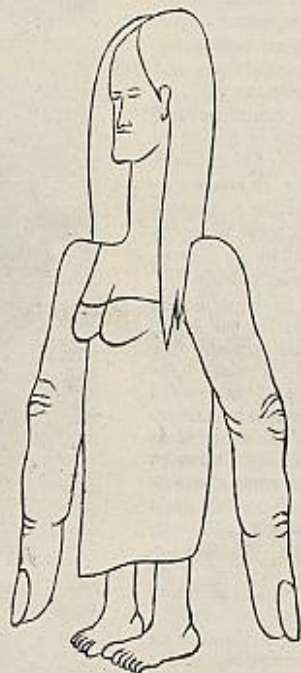
De regreso a casa, nos hemos detenido en su orilla y, por un momento, las palabras de Pepet se han hecho realidad: «Da miedo, parece que esté toda enferma».

No queremos acabar este reportaje sin atrevernos a pronosticar el futuro de la Albufera. Dejando aparte el fantasma de la «desección y saneamiento de la zona», está claro que algo va a cambiar. En su orilla, en la dehesa de El Saler, han brotado las urbanizaciones. El mejor complejo turístico del Mediterráneo y, casi seguro, el mejor del mundo, está en marcha. Lo promueve el Excelentísimo Ayuntamiento de Valencia. En la propaganda de algunos apartamentos ya se habla de las maravillosas puestas de sol en la Albufera. Ahora sí, ahora se harán colectores y depuradores. Se dragará hasta que los «fuera borda» naveguen sin peligro. Se desinsectará a fondo. Se cuidarán los ciprinidos y se dará de comer a las aves. La Albufera se convertirá en un parque «natural» que, por supuesto, también será uno de los mejores del mundo.

La Albufera ya no llorará, se partirá de risa. ■ C. M. Fotos: RUIZ ANCHIA.



Regueiro



Regueiro